

NÚMERO EXTRAORDINARIO

BARCELONA ALEGRE

15 CÉNTIMOS



Hay aquí carne, pardiez,
para cuatro. A esta, ni en broma
podría el Padre Coloma
llamarla una *pequeñez*.

Copia fot. de A. Esplugas.

S
ANTERIO

lle
ni bien
illo.
stobal.

EGRE
Y LITG
oción

1 pl.
2 »
250 »
nación po
ción y Red
San Ram
RA Y ESTAN
a. 5. - Barb



¡Ay Dios, y qué baraunda ha sabido armar el señor ministro de Hacienda!

Con eso de lo *fiduciario*, como dicen ya todos los Manolitos Gázquez de buen ver, estamos poco menos que mareados.

Es el caso que el famoso Cos-Gayón, comprendiendo que al gobierno le faltan una porción de millones, y tras de mucho darle al caletre para poder salir de apuros, en un momento de sublime inspiración encontró el busilis.

Y presentó un proyecto.

Que asombró al país.

¿No hay dinero disponible y á los Fabiés é Isasas les conviene *guita*? Pues, á *hacer* dinero.

¿Cómo? Van á ver ustedes.

En España tenemos un Banco, y á ese Banco le falta *parné*; pues que emita billetes, y pata.

¡Rataplan!... *tout le monde enfoncé!*

A Canovín le pareció de perlas la idea, y diz que abrazó conmovido á su ángel salvador el inclito Cos, mientras Beranger exclamaba por lo bajo:

—¿Más papel? Me parece que todos esos van á ser como papeles mojados.

Y vociferaba Tyrconel admirando al de Hacienda:

—Que aprendan luego los rifeños! Eso sólo sabemos hacerlo aquí... y á nadie más que nosotros los *c.o. n. con, s.e.r. ser, v.a.d.o.*...

—¡Cállese Vd. hombre; interrumpió el monstruo.

—La gloria nos pertenece...

—Me contento con los cuartos.

Y Cos, lleno de la mejor buena fé, cogió el proyecto y se fué con él al Congreso.

Que si quieres. No gustó á los señores.

¡Es tan difícil ser sabio y que los demás lo reconozcan!

Porque Cos es un sabio, digno émulo de aquel Camacho que creó el impuesto sobre el gas y las cajas de cerillas.

Ahí es nada, el talento que supone eso de decir: «No tenemos un *cuarto*, hacen falta *cuartos*; pues vengán papeles y convirtámoslos en *monedas*».

Bien es verdad que para hacer tal se necesita ser ministros, que si no...

Anda, pues no convertiría yo de buena gana los papeles de fumar en pesetas, si pudiese!

Y á los números de BARCELONA ALEGRE les haría valer un millón.

Pero, ya se ve, yo no me llamo Cos; sino Diego; y un Diego que no sea ministro y conservador y hacendista en una sola pieza, no puede emitir más que... opiniones, nada de billetes.

El privilegio que se quiere conceder al Banco, me hace mucha gracia, pero mucha.

Dice el gobierno: Yo necesito 560 millones de pesetas que no sé dónde encontrar.

Tú, Banco, puedes emitir mil millones, y de estos me entregas los que necesito.

Y al Banco, claro está, le cuesta poco comprar papel, mandar hacer un grabado, y venga imprimir billetes, y venga ponerlos en circulación, y venga... de ahí.

¿Quién garantiza? El Estado.

Y el Estado,

resultado,

que queda entrampado.

Por manera que el deudor sale garante de todo.

¿Tendrá el Banco en sus cajas igual cantidad en valores efectivos, oro ó plata?

Ni por pienso. Y en ese caso, ¿qué seguridad tendrá el billete para ser canjeado por metálico á su presentación?

Figurémonos que yo abro un establecimiento de Crédito y tengo permiso para emitir mil billetes de á peseta. Los pongo en circulación y doy... á ¿á quién diré?... A cualquiera de mis lectores le entrego mil pesetas por un número de años y mediante un tanto por ciento de interés.

Pero, yo no tengo en caja más de mil reales, (es un decir, en mi vida me los he visto,) y con esos mil reales en metálico he de hacer frente á toda contingencia posible, y aún probable.

Si se presentan al canje en un espacio de tiempo imprevisto los mil billetes de á peseta, ¿con qué pago?

Vamos á ver, señor Cos-Gayón: *tradúzcame* Vd. esto en oro ó plata.

¡Ah, *seor ministro*, méditelo V. E. *fiduciariamente* y se convencerá de que eso de *empapelarnos* así, es un poco *cosgayonesco!*

De realizarse el plan, ha de venir día en que un billete del Banco sea como la carabina de Ambrosio.

Por si se lleva á efecto, propongo que los nuevos billetes se impriman en papel de estraza.

Y figuren en ellos, además de la *fisonomía* de Cánovas, la esfigie de Isasa y la inscripción: «*Cos Gayón fécit.*»

DIEGO DE DÍA.

A la redacción de BARCELONA ALEGRE

Saben ustedes qué es lo que más pena Actualmente me dá señores míos?

Saben ustedes qué me dá más bríos,

Qué me fastidia, irrita y enagena?

¿Saben ustedes qué mi alma llena

De coragina y de dolor impíos,

Y por qué tengo ahora los pies fríos

Y abraza en mi cabeza cada vena?

Pues es rabieta al ver que, pese á todo,

A decirles no acierto; ¡si lo siento!

En forma primorosa y gentil modo,

Con magno plectro y sonoro acento,

Que en cien años, deseo, (ahora veredes)

No huelguen ni el periódico ni ustedes.

R. SOLANES.

Prechs à santa Rita

¡Oh Santa Rita! que de impossibles
ets la patrona, ou ma oració.
Fès que algun día la pobre Espanya
puga alabarse d' un govern bo.

Fès que las donas sigan fidelas,
fès que los homes sigan tots bons,
fès que s' escoltin los llarchs discursos
com quan, sens ploure, s' ouhen los trons.

Fès que 'ls ministres, sens fer política,
pe 'l bè treballin de la nació;
fès que no prenguin panxa per pátria
lo senyor Batlle y lo regidor.

Fès que s' avinguin sogras y noras
fins á, ditxosas, ferse petons;
fès que s' estimin duas cunyadas
com dos promesos plens d' ilusions.

Fès que 'ns endressin vistas d' aduana
ab ulls prou grossos per veureu tot;
fès que 'ls ministres de nostre clero
may mes de guerra digan un mot.

¡Oh, Santa Rita! que de impossibles
ets la patrona, ou ma oració.
Fès que no siga res del qu' es ara
y ni los àngels viurán millor.

FREDERICH SOLER.

Natividad (1)

BARCELONA dormía. La Rambla, esa especie de
arteria de la ciudad condal, iba poco á poco
quedando desierta.



La salida de los concurrentes al Liceo había
sido como la última boqueada de una noche bulli-
ciosa. El trozo comprendido entre la calle de San
Pablo y la de la Unión acababa de perder la anima-
ción que le prestan la retahíla de carruajes esperan-
do en ambos arroyos á sus respectivos dueños, los
aurigas, arropados con sus capotes de invierno, con-
versando ya entre sí ó con alguna de las ostras que
suelen estar hasta muy tarde junto á la entrada del

1 Del libro «Mis mujeres», próximo á publicarse.

café del gran teatro; grupos de transeuntes que salen
de casinos y cafés para irse á acostar después de ha-
ber echado un parrafito andando con paso lento; al-
guno que otro vendedor de periódicos pregonando
con voz estentórea los números que tal vez le sobren
de los diarios de Madrid, y la pareja de municipales
de á caballo apostados á la puerta del coliseo con
aire marcial y severo continente, cuyos relucientes
cascos reflejan los rayos de la luz eléctrica que irra-
dian los grandes focos colocados en los armatostes
de hierro a ambos lados del paseo.

De vez en cuando, una que otra mujerzuela, atis-
bando con ahinco y burlando la vigilancia de los po-
licías, atraviesa, contoneándose de una manera ri-
dicula, desde un extremo á otro yendo á caza de
incautos.

Verdad es que son muy contados los que pueden
ser vencidos por tales hechizos, y que lo más proble-
ble es que las *Vénus* en cuestión se queden sin con-
quista.

Salgo del Círculo. El reloj del teatro Principal se-
ñala la una. Doy un vistazo al café Suizo, punto de
reunión de los trasnochadores, y no viendo ninguna
cara conocida me largo medio corrido y burlado,
porque acabo de atracarme de lectura, no llevo un
céntimo y aceptara de buena gana cualquiera *galan-
tería* del menos amigo de mis amigos.

¡Qué espantosa soledad!

II.

Campoamor ha dicho:

...es más espantosa todavía

»la soledad de dos en compañía.»

No. Lo más espantoso es la soledad de un hombre
que ha salido de su casa sin un real, que vaga erran-
te por esas calles y arde en deseos... ¡Qué sé yo!

Nada, yo no quiero aún ir á acostarme. Me parece
que me falta algo, siento la *nostalgia del café*, el *va-
cío* de mi bolsillo, que es el vacío más tremendo.

Si voy á hundir la cabeza en la almohada pasaré
mala noche. Por fortuna la librería de Lopez está
abierta. ¡Ahí mi último recurso!

Don Inocente escribe, voy á estorbarle. Pero no
importa. Echaremos un parrafito, me dará un piti-
llo, si lo tiene, (y si no me lo ofrece soy muy capaz
de pedirselo,) y me irá luego más satisfecho porque
ya habré hecho algo.

¡Oh dolor! Mi don Inocente está atareado con sus
cartas.... Almirall le aguarda en el Suizo.... Cierra
aquel la correspondencia, le ayudo luego á cerrar
la puerta, y me despido... por necesidad.

Ea, á casa! —digo en voz baja, por supuesto;— y
me dirijo hacia la calle del Carmen. Al llegar á la
esquina de la del Hospital me sale al encuentro una
rapaza que á lo sumo contará ocho años. Lleva en la
mano unos periódicos que me ofrece.

—¡El Noticiero, La Semana Cómica, BARCELONA ALE-
GRE, La Tomasa, señorito!

Me fijo en ella. Sus piés están descalzos, sus sayas
rotas; un pañuelo mugriento y raído cubre su cabe-
za. Sus ojos vivarachos se fijan en mi con cierta ex-
presión de lástima.

—Señorito, —dice insistiendo;— cómpreme usted
un periódico. Me faltan diez centimitos para ir á
casa... Tengo mucho frio, y no he comido desde esta
mañana...

—¿Cómo te llamas?

—Natividad, para servir á V.

—¿Eres catalana?

—No, señor; soy de Zaragoza.

—¿Tienes padres?

—Madre. Mi padre murió, señorito.

—¿De qué murió tu padre?

—Le mataron.

—¿Quién?

—No sé. Hirió á uno en riñas, y le prendieron...

—¿Y tu madre?

—Pues, mi madre... mi madre está enferma, en la
cama...

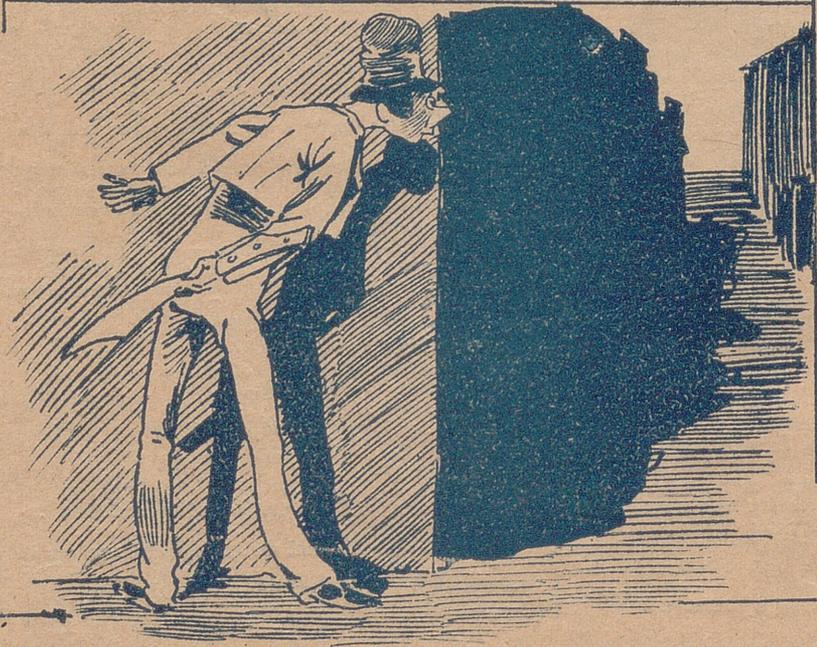
—¿Quién la atiende?

—Nadie.

DE CAZA



Caza privada.



Caza de espera.



A caza de petardistas.

Ripio

COSAS DE LA SEMANA, por LAGO



Ya que dicen que el Africa empieza en los Pirineos, ¿á ver si tienen un carrero tan guapo coyo, los señores gabachos?

—¡Cómo nadie!
—No, señorito, porque mi hermano que tiene 18 años y se llama Pascual y trabaja en el muelle, no nos dá nada, se lo juega todo, tiene una *andaluza* de un café, y viene poco á casa. Mejor que no venga.
—¿Por qué?
—Porque se emborracha, y me pega, y amenaza á mi madre, señorito.
—Pero entonces, ¿de qué os mantenéis tú y tu madre?
—Pues... ya ve usted. Yo vendo periódicos, pido limosna, y procuro llevar á casa todas las noches una pesetita, que es lo que necesitamos para comer un *llonguè*, beber un poco de vino y pagar el alquiler de la casa.

¡Señorito, por Dios, déme usted una limosna. Me faltan diez céntimos... Cómpreme un periódico usted que es rico...

Estas últimas palabras se clavaron en mi corazón como un dardo. ¡Yo rico!... yo, que bien á mi pesar, conmovido ante la ingenuidad de aquella muchacha hundía instintivamente las manos en los bolsillos, estrujando el forro con mis dedos al convencerme de la inutilidad de mis esfuerzos!... Rico yo, que había pasado tres horas distrayéndome por recurso, aburrido, renegando casi del mundo y de mi suerte; sintiéndome tentado á hacer algo por el estilo de lo que en aquel instante hacía conmigo aquel ángel caído al arroyo...

—Mire V., señorito: este, —añadió mostrando uno de los papeles,— trae unas figuras muy bonitas. ¿Ve usted? A los señores les gustan estas figuritas que enseñan las piernas... Ayer, uno me dió un realito por un número de estos. ¡Deme V. otro, señorito; Dios se lo pagará á V.!...

Cada palabra iba penetrando en mi espíritu como un hierro candente. Padecía de veras, no sabía cómo desengañar á la chica que iba siguiéndome, quizás esperanzada con las preguntas que la había dirigido, cual si la suerte cruel y burlona me la presentase, ¡oh sarcasmo! para mejor desesperarme, aturdirme recordándome mi indigencia.

—¡Señorito!... que no podremos comer... ¡Por mi madrecita enferma... ¡Tengo un friol!...

¡Y pensar que yo era más pobre que ella, que había sufrido y sufría más que ella! ¡Y me pedía un real con tanta frescura, como si nada; capital que yo no poseía, cantidad exigua para otro, misera suma que hacía la felicidad de un ángel y que yo no tenía á mi alcance...

¡Y lo pedía con aquellos ojos de lástima!

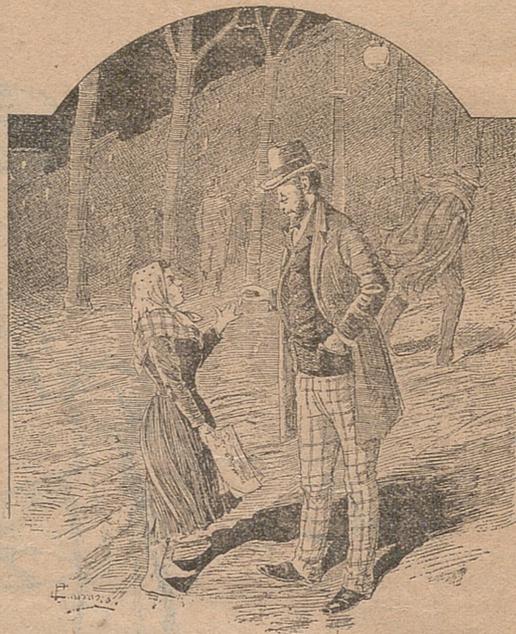
Mé fijé por segunda vez en sus pies desnudos, en sus ropas grasientas, en su pelo negro como el azabache, en su frente espaciosa, su nariz aguileña, sus manecitas de un color moreno bronceado, con tanto de súpico como de curtido por el sol y el roce con el suelo donde dijo que dormía la pobre.

Yo no acertaba á responder, no sabía qué decirle. Estaba aturrido. Mil pensamientos cruzaron por mi mente, anduve largo trecho como si estuviese ébrio; me paré varias veces... no osaba rechazarla! Me parecía ver en ella á una víctima obligada del infortunio, y crecía á mi vista, crecía inmensamente como una heroína, como una figura gigantesca. La sombra que proyectaba en el suelo al resplandor de las luces tomaba para mí forma tangible, y me acusaba, se me ponía delante; y aquella vocecita que había sonado en mis oídos parecía que me estaba repitiendo: ¡ingrato!

La chica seguía siempre á mi lado. Fuí andando, andando; y en lugar de dirigirme á mi casa por el camino de costumbre, maquinalmente fuí dirigiéndome hacia la Plaza de Cataluña, como si aquella figurita me empujase.

La noche en verdad era muy fría. Ibamos casi solos los dos por el paseo. De pronto vi venir á un hombre. Andaba de prisa é iba embozado. Pasó junto á nosotros y le reconocí. Era un compañero mío. Le saludé, y parándole bruscamente, me atreví á pedirle en voz baja lo que acaso no me hubiese atrevido á pedirle en otra ocasión cualquiera.

—Dame un real; le dije con rapidez.
—¿Qué te pasa?
—¡Lo tienes! Dámelo.
—Toma una peseta.
—Adios, y gracias, le dije con sequedad. Y ni siquiera le tendí la mano, fijo en una sola idea. Sin duda me creyó algo chispa, pues prosiguió su camino y le ví encoger los hombros.



—Toma, dije á la niña. Ahí tienes.
—¡Cuán bueno es usted! Voy corriendo, corriendo á mi casa, que no me la roben. Esta noche mi madre y yo rezaremos por usted, señorito. ¡Que Dios le bendiga!

No oí más. Iba yo temblando, no sé si de emoción, de cólera ó de frío.

Fuí por la calle de Pelayo á la de Ronda, me encaminé á mi casa, llegué al portal, abríme el vigilante, —no sé si le devolví siquiera las *buenas noches*, —abrí la puerta del piso, me dirigí á mi cuarto, me desnudé precipitadamente, me dormí y soñé... cosas estupendas.

Palacios encantados, señorones ridículos, meretrices arrastrando lujosos trenes... ¡Todo lo arrasé con mi soplo, todo lo hundi, nuevo Sansón, arrojándolo con mis brazos.

Y desperté al siguiente como presa de una pesadilla. Me vestí, hice mi *toilette*, que por cierto tiene pocos lances, y volví á la Rambla.

Tranvías, carruajes, floristas, vendedores, kioscos... tropel, movimiento, bullicio, vida, animación, ruido; todo ignorante de la noche anterior.

¡Ah!, —pensé:— el mundo es siempre el mismo. El contraste forma el efecto. ¡Si habré sido un tonto en preocuparme por lo que cualquiera llamaría una pequeñez!... No podía olvidar á la chicueca, y aún miré varias veces allí donde la había encontrado. No estaba, no, pero yo seguía pensando en lo mismo, su imagen no se borraba de mi memoria, el recuerdo bullía en mi cerebro, y sin embargo no me atrevía á contárselo á nadie.

Luego supe que el amigo á quien pedí el dinero había referido el caso á otros compañeros, y después de juzgarme un infeliz, les inspiré lástima.

III.

Han pasado tres meses. En el hospital, sala del Santo Cristo, á donde me llevé la casualidad, estaba agonizando una niña comida por la fiebre. El doctor

Robert hacía la visita acompañado de algunos practicantes.

Al acercarse al lecho de la enferma, una expresión de lástima se dibujó en todos los semblantes.

Yo les observaba silencioso en último término, fijándome principalmente, como es natural, en los movimientos del catedrático. Este tomó el pulso á la enfermita, puso la diestra en su frente, auscultó por breves instantes su pecho y se quedó mirándola. El estertor de la muerte parecía una tonada fúnebre, monótona, fría, de un ritmo que crispaba los nervios. Yo estaba impresionado, me emociona la vista del sufrimiento y no me atrevía á acercarme.

De pronto el doctor levantó cuidadosamente la cabeza de la enferma y movió la suya en señal de disgusto. Un gemido prolongado me hizo acudir como atraído al lecho del dolor. Entonces me acerqué cuanto pude para ver.

El rostro estaba visiblemente desfigurado, la boca contraída por el dolor, cerrados los ojos y hundidas las mejillas, sin color los labios y bañada en sudor la frente. Observé los rasgos de aquella fisonomía, y á los pocos momentos, con asombro de los circunstantes, me lancé sin poder contenerme á la cabecera de la enferma.

¡Natividad!... exclamé.

Aquellos ojuelos abriéronse como movidos por un resorte y se fijaron en mí durante unos segundos; incorporóse el cuerpo abatido; maquinalmente acerqué mi rostro al suyo, y aquellos labios de coloridos posaron un beso apenas perceptible en mi mejilla, exclamando al mismo tiempo con mucha dificultad:—¡Mi madre... muerta!...

Lloré. Me fui de la sala hecho un idiota. Estoy seguro que cuantos me vieron me tomaron por loco.

Al salir á la calle encontré al amigo de marras.

—¿Dónde vas?—me preguntó.

—No lo sé.

—¡Chico! ¿qué te pasa? Estás casi desfigurado. El otro día...

—Es verdad; dije: toma, te debo una peseta...

—¡Quita allá! No la quiero.

—Entonces... para una misa en sufragio de un alma...

—¿Tú, tan escéptico?

—Sí, no creo en nada... y creo en todo.

—No te comprendo.

—Aborrezco el mundo y creo en Dios.

—¿Cómo es eso?

—No me pidas explicaciones. Lo sabrás algún día ¡El metal... lo supérfluo... lo necesario!.. Los que tiran... los que sufren... ¡Ah debe de haber Providencia, aunque no sea más que para acoger á esas almas que tanto habrán sufrido.

Y me fui.

Seguramente me tomó también por loco mi amigo.

—¿Lo estaba? ¡lo estoy? ¡No sé!

Lo que sí sé es que nunca se irá de mi memoria el recuerdo de la noche que me encontré sin un céntimo, y el de la infeliz rapazuela que dijo llamarse Natividad.

S. GOMILA.



EL SENTENCIADO Á MUERTE

Aguja, corre; tañe tú, campana; que el cura vuele y me confiese presto, antes que aquel que á muerte condenóme me condene á vivir igual que un muerto.

¡Oh hijos de mi alma, niños inocentes! ¡Al implorar mi vida, qué habéis hecho? robarme al cielo y arrojarme al fango, herir mi alma y desgarrar mi pecho.

¿No sabéis que si muero hoy asesino arrepentido y con sentido muero, y si á la cárcel voy, fiero, ignorante, asesino y ladrón moriré luego?

¿Qué aprenderé en presidio? ¿Qué haré allí? En matar y robar hacermé diestro; Olvidarme de Dios y de mi esposa, y hasta de que sois míos, hijos tiernos.

La muerte en el presidio es larga, lenta, y por lo tanto, largo el sufrimiento: de despejado, imbécil seré, loco, y de padre, padrastro malo y fiero.

Estaré mal comido, peor tratado, con salud rara vez, muchas enfermo, y aunque viva, sin veros, aún es peor esta vida, mis hijos, que estar muerto.

¡Ah! Ya vienen... Verdugo, ¿qué retardas?

¿ó es que te gozas tú en mi sufrimiento?

Voces: —«¡No muera, que ha sido indultado.»—

—Pues ese indulto, pueblo, no lo quiero.

Y si es que acaso lastima ha tenido el rey que me indultó, de él yo la tengo... Quiero ser libre, quiero que me ahorquen, quiero la asfixia, no aspirar veneno.

Quiero morir ante la luz del día y no vivir en sombra del Averno; quiero morir para purgar mi crimen, y no vivir para agregar á él nuevos.

Mundo, sólo suplico, y lo suplica un padre en sus instantes postrimeros; que no pongáis el rostro de mis hijos rojo con el pecado que no es de ellos.

Ahora, verdugo, mi perdón, y al punto échale aceite y dá vuelta á ese hierro, que ha de apretarme la garganta mientras alguien pide por mí piedad al cielo.

JOSÉ PUYOL BOSQUE.

Diligencia de embargo, redactada en un pueblo de España.

«Hacemos embargo y real aprehensión de...

Una tapicería con personajes de bestias;

Unas mesas de comer viejas de pino;

Un colchon para dormir sin lana;

Un banco de madera con piernas de carpintero;

Una toga para abogado de seda;

Un corsé de niña de ballena;

Una gallina con diez pollos;

Una marrana con cuatro idem;

Varios juguetes para niños de cartón;

Dos cubiertos para comer bordados de plata;

Varias ropas de vestir entre ellas una silla á la

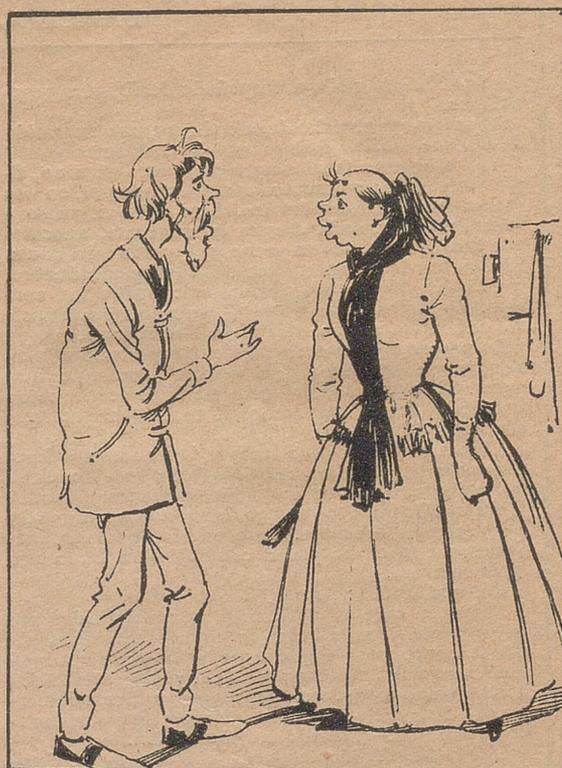
Royal y una jerezana;

Una tierra urbana de pan llevar en el casco de esta villa;

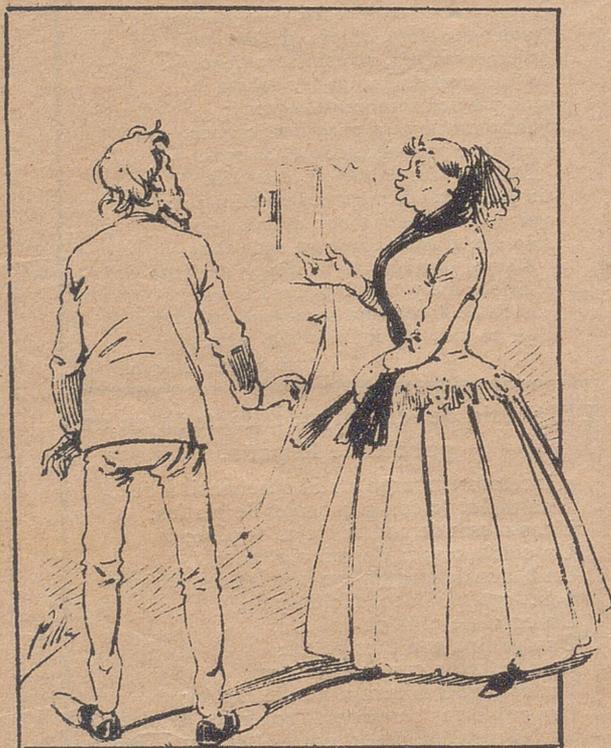
Un burro pardo para depositario se nombra á don.....



—Esta es la fotografía,
Voy á ver si hacen la mía.



—¿Conque V. quiere un retrato
bueno, bonito y barato?

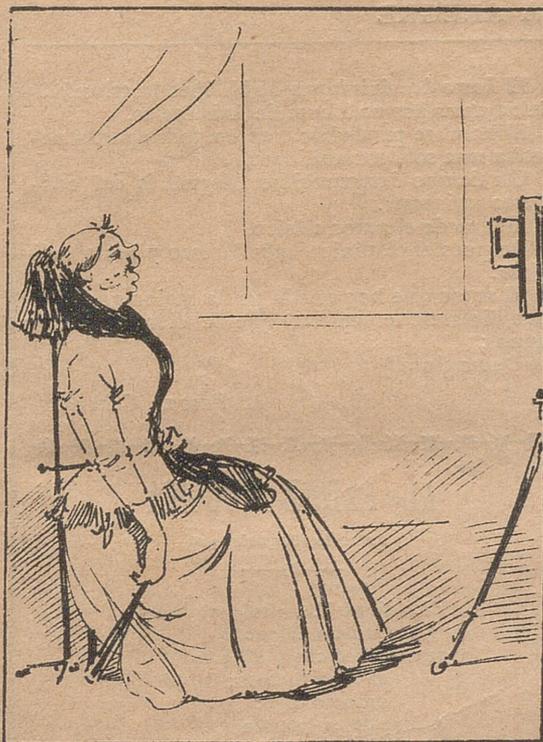


—¿De cuerpo entero ó de busto?
—Que sea cosa de gusto.



—Bueno, póngase V. así,
quieta, muy quieta.

—¡Ji, jil



—Mujer no se ría usted
sino saldrá mal

—Je, je!



—El cuerpo más adelante
y, ahora, quieta un instante.



—Diga usted, este lunar...
—¡Quieta, que voy á tirar!



—¡Caballero tengo miedo!
—Si se mueve usted, no puedo.

(1) Seguirá.

El Amor



HERMOSAS descripciones del amor se han hallado en los poetas y en los místicos; en los primeros en lo que concierne á la parte sexual, y en los segundos á la divina.

Todo lo que se refiriere al amor tiene un carácter subjetivo y variable, no sólo por la diversidad de elementos intelectuales que según el tiempo se agitan en el seno de este sentimiento, sino también porque la vida afectiva posee caracteres muy complejos y difíciles de precisar.

Para Sócrates, el amor era un ser intermedio entre el mortal y el inmortal, cuya función propia consistía en servir de intérprete entre los dioses y los hombres, llevando de la tierra al cielo el homenaje de los mortales y del cielo á la tierra, los beneficios y voluntades de los dioses.

Si es escasa la literatura filosófica y científica del amor, es por el contrario abundante la poética y artística. Las mejores obras de arte, las mejores concepciones poéticas han sido debidas á ese hermoso sentimiento.

El odio y la repulsión del hombre á la soledad son signos afirmativos de la base que tienen todas las manifestaciones del amor.

El móvil general del amor tiene dos manifestaciones concretas: el apetito sexual y el atractivo de lo bello.

Su origen fisiológico se convierte en medio y condición favorable para enriquecer la vida.

La nostalgia del que no lo siente es su mejor apología.

Santa Teresa dijo aquella hermosa frase: *Temo el infierno, no por sus tormentos, sino por ser un sitio donde no se ama.*

Goethe en su *Fausto* lo diviniza.

Según el mito de Platón, está constituido por las dos mitades del *hombre ideal* (Andrógino), que, separadas por una divinidad envidiosa, tiende incesantemente á unirse.

El amor ha sido representado en la antigüedad clásica como un dios (*demonium*), cuyas primeras manifestaciones, por la naturaleza del sentimiento, llevan consigo algo contrario á la reflexión y al cálculo; caracteres que persisten siempre en la pasión y que han servido para personificar en la mujer el predominio de su principio de lo *inconsciente*.

Al amor clásico de la antigüedad sucede el caballeresco de la Edad Media: *Mi Dios, mi dama y mi honor* es la fórmula que condensa todo el amor cristiano de aquella época.

En los tiempos modernos el amor ha degenerado en galantería.

Lo que era antes amor al arte, á lo bello, á lo sublime, es hoy sed de popularidad, apetitos bastardos, sueños de oro.

Ayer se encontraba en todas partes; era ley de afinidad, atracción y simpatía; hoy cree vérselo aún al través del velo de la desposada, de la frase apasionada, del confesado deseo, y raras veces se le halla.

El siglo que todo lo metaliza, después de ridiculizar el sentimiento ha galvanizado su cadáver.

Se le vé aún, pero no se le siente.

El *homo hominis lupus* de Hobbes ha triunfado del: *naturaliter politicum* de Aristóteles.

El hombre para vivir bien en todas partes necesita una sola sociabilidad... el oro!

Un tiempo desapareció el *Megaterio* del concierto universal.

Más tarde el amor clásico.

Después el platónico caballeresco y hasta *religioso*.

Al amor que hoy queda podía mejor que nunca aplicársele el epíteto que le dieron los antiguos:

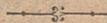
(*Demonium*.)

A. FERRER CODINA.



AL PADRE COLOMA

Autor de «Pequeñeces»



Le dice á V. un colega
de pelo en pecho
que el libro «Pequeñeces»
es muy funesto;
pero yo digo:
lo funesto es que sea
historia el libro.

Un orador famoso
la obra rechaza,
porque al molino suyo
se echa V. el agua;
y yo contesto:
¿quién de tejas abajo
no hace lo mismo?

Y otro escritor que encuentra
en «Pequeñeces»
faltas de matemáticas,
(que á nada vienen)
goza en decirlo
cual si hallara la cuadra-
tura del círculo.

Présumo que á este paso
vendrá un paleta,
y sin ver el estilo
ni el argumento,
es muy posible
que encuentre á faltar puntos
sobre unas ias.

Si V. en vez de emprenderlas
con la clase alta,
vapuleara, y recio,
la clase baja,
pierda cuidado,
que todos le dijeran
que dió en el clavo.

No sé si se ha fijado
en esos chismes;
y si valen la pena
de que se fije,
Padre Coloma,
sobre esas... *pequeñeces*
venga otra obra.

CONRADO ROURE.

UNA HIJA DEL AIRE

No quiero ir al cielo
Si no vienes tú.
Con tu jubón negro
Y mantilla de tul.

OLONA.

— ¡M! sí exclamaba el malogrado autor de *El jorobado*, y de la preciosa zarzuela *El Juramento*, y así repito yo, apesar de mis años, de mis canas y de mis achaques, me decía una tarde don Genaro Mocero, mostrándome un retrato de la célebre bailarina la *Nena*, colocado delante de su alcoba y, por lo tanto, mirándose frente á frente con un Cristo de marfil colgado en la cabecera de su lecho.

Don Genaro era un hombre muy original. Se despepitaba por toda hija de Eva, y como sus rentas eran muchas y había dejado en olvido sus negocios para atender á su salud y los médicos le habían asegurado, que para adquirir las perdidas fuerzas necesitaba muchos baños de sol, que el aire le diese por sus cuatro costados y que callejeara, mucho no pasaba un momento en casa convirtiéndose en un paseante en corte, aun que el buen señor, residía en Barcelona.

A las diez de la mañana se echaba á la calle tanto en verano como en invierno.

Parecía un mequetrefe restaurado con su peluca gris, con sus patillas de á cuarta como los manolos, pintadas y perfumadas; con su levita negra con una flor en el ojal; sus pantalones ingleses, claros, elegantes y cortados por la mejor tijera de la ciudad y calzando guantes claros, bota de charol y ostentando en la mano un junco de concha con el cual jugaba á todas horas al *molinete*, siguiendo la moda de los elegantes de su época que como él tenían una pata en el ataúd y esperaban el empujón de un tabardillo para caer de bruces en la fosa.

Por la mañana tomaba asiento junto á la mesa de una florista en la rambla, y no se despedía de ella sin comprar un ramo de flores; que al llegar á su casa colocaba dentro de un jarro que adornaba la mesa de su comedor.

Por la tarde guiñaba el ojo á cuantas niñeras encontraba en el paseo de Gracia acariciando de paso á los niños que estaban bajo su autoridad y vigilancia, y pasaba á visitar á alguna amiga de baja estofa que le ponía al corriente de cuanta muchacha iba á tropezones con la virtud dejando en cada tropiezo un girón de su averiada honra y de su modesta saya de percal que sustituía por otra de seda con adornos de azabache.

Entre dos luces, la hora de los misterios, como él decía, daba la vuelta á su casa, y desde la dama de palco y coche que pasaba por su lado á la graciosa modistilla, golondrinas con pañuelo, como él las llamaba, recibían su correspondiente trasnochado piropo á quema ropa mereciendo de las primeras una mirada de compasión, que podía traducirse, á donde vá ese *memo*, y de las segundas una estrepitosa carcajada que hacía asomar los colores á su apergaminado rostro plegado de arrugas como los elegantes transparentes de última novedad.

Al llegar la noche llegaban sus glorias.

Sin atender á las razonables razones de su carmitad, que conoció en Tarragona á Riego, á las

súplicas de sus hijos, á las dulces frases de su nuera y á las caricias de los nietecillos, tomaba el gabán, los gemelos y la llave del portal y se marchaba al teatro.

A él le importaban un bledo el drama y la ópera. Su única ilusión era el baile coreográfico; las hijas del aire, las mariposas de bastidores, las espirituales Terpsícores que trabucaban el seso con las piruetas, contracciones, saltos, equilibrios, vuelos, caídas, giros, danzas y movimientos eran las que le hacían prorrumpir en estrepitosos aplausos, que le obligaban á gastar un dineral en cajas de dulces, ramos de flores y alhajas de gran valor, y que con metálicas finezas lograra del portero del escenario la entrada en él á fin de ver más de cerca á las aéreas danzantes, recreándose en la contemplación de las naturales ó sobrepuestas gracias de sus rostros con los cuales soñaba después como un colegial en época de vacaciones.

—El néctar es el manjar de los dioses, exclamaba el buen señor, y las bailarinas son las aceitunas de los viejos. Yo no podría pasarme sin ellas, digo, sin verlas. Es la mostaza que dá mejores resultados para entrar en apetito.

Y añadía exhalando un hondo suspiro:

—Pero todo lo bueno se vá. La mantilla desaparece, la capa cae en desuso, las castañuelas no alegran nuestros oídos, la guitarra se ha convertido en una arpa vieja, los boleros se han extinguido y el baile de género español ha pasado de moda... ¡pobrecito!... Si la *Nena* volviese de nuevo al mundo huiría de él, para no ver ni oír eso que han dado en llamar bailes y cantos flamencos que aunque volcasen sobre ellos todos los saleros de España no lograrían proporcionarles una miga de gracia, ni la más pequeña dosis de garbo, de españolismo y de arte como reunían los *panaderos*, y *las majas sorprendidas*, que constituyeron la gloria de nuestra eclipsada juventud.

Y al decir esto se llevaba con pena la mano á la peluca.

—Por lo visto, usted no conoció á la *Nena*, pues no sabe lo que es bueno en ese mundo. Era un alfeñique amasado por Terpsícore, un clavel andando, una tizona que había puesto bajo su pié á todos los corazones.

—Murió, le dije.

—No murió volvióse al cielo. La muerte corrió tras ella; pero la niña trazó una pirueta y se remontó á la gloria... Aún recuerdo la noche de su beneficio... ¡qué noche aquella!... Bailó una sevillana, el palco escénico quedó alfombrado de laureles y flores, el público pedía á voces la repetición, sobre aquella alfombra de verdura era imposible efectuarlo, dos criados se presentaron en escena para recoger las flores, la niña los vé, los manda retirar, se quita la mantilla, que era de encajes, barre con ella el escenario, la arroja á un lado; va en busca de otro velo y en medio de hurras y palmadas baila... como deben bailar los angelitos en el cielo.

—Magnífico, exclamé.

—Amiguito, suspiró el pobre, la guadaña ya se enreda entre mis piés, pero yo no quiero emprender el viaje al otro mundo si no llevo del brazo á una bolera rebozada con su mantilla de tul.

PEQUEÑECES



—¿Ha visto Vd, don. Facundo, cómo pone á la gente de nuestra clase el P. Coloma en su novela?

—Entiende en el género este jesuita. Se conoce que lo ha palpado...

—Eso pienso yo, que lo ha de haber palpado.



A. Sals

Una de tantas pequeñeces.



Una lectora y dos lectores de los que se han escandalizado.

CONSECUENCIAS, por FIGUIER



Era Sinforianita
una chica tenida por bonita.



Su esposo sospechaba,
y como era muy bruto, recelaba.



Porque la perseguía
un joven oficial de infantería.



Los toros eran ciertos;
¡Sinfriana y su amante descubiertos!



Con mucha bizzarria
el marido atacó al de infantería.



¡Consecuencias fatales
del amor á las cosas terrenales!

BARCELONA ALEGRE

Hoy cumple un año, lector,
hoy cumplen los doce meses,
las cincuenta y dos semanas
con sus martes y sus viernes,
que, al estadio de la prensa
—es decir, al gran palenque
que el *Progreso* y la *cultura*
en el periodismo tienen—
con el *chiste* en sus columnas
y la *modestia* en su frente
sin más armas que su anhelo
salió BARCELONA ALEGRE
ilustrado y divertido
semanario, con ribetes
de literario y pespunte
de satírico inclemente.

¡Todos cuantos en la vida,
tiemblan, sufren y padecen,
y lagrimones de á folio
en todos momentos vierten!

Todos cuantos elevar
al solio esplendente quieren
del poder, á la justicia
que entre pesadumbres muere:

Todos cuantos sacudir
con el estudio pretenden,
el yugo de la ignorancia
que á las almas envilece:

Todos cuantos, en fin, buscan
disipar las persistentes
nubes de melancolía
que nuestra gloria oscurecen,
aplaudieron su llegada
de un modo tan elocuente,
¡que de un millón de ejemplares
ni uno quedó sin venderse!

Sus constantes editores,
Ribera y *Eslany*, que tienen
pruebas dadas de que son
personas de gran caletre,
agradecidos, al ver
una *ovación* tan solemne,
solemnemente juraron
sin mirar sus intereses,
no perdonar sacrificio
ni esfuerzo que digno fuese...
para que su amor, del público
pagara el amor creciente.

Que el juramento cumplieron
bien lo saben, bien lo advierten
los *doctos* que les admiran,
y la envidia que les hiere.

A tales fines, sin miedo
á la batalla eminente,
que el capital y el trabajo
con tanto encono sostienen.

Sin cuidado por la *Crisis*,
airada *mar* que promete
destruir al *buque erario*
sin perdonar ni un *obenque*:

Sin temblar por los escollos
que el porvenir nos ofrece,
y humillarse ante el *mal gusto*
que por doquiera se extiende:

Para consolar al triste
que la copa hasta las heces
apura del sufrimiento
que en negras sombras le envuelve.

Para alegrar al marido
infeliz, que le entristecen
del vecindario los *dimes*,
de su suegra los *diretes*...

Para endulzar del obrero
la desconsolable suerte;
pues que no logra en *haber*
borrar la palabra *debe*.

Para alentar á los que
persecuciones padecen,
no de justicia, mas sí
de furibundos *ingleses*.

Finalmente para ser
tríaca de padeceres,
y mezclar con el ácibar
la dulzura de sus mieles.

Aunque el maquinismo mundo,
desprendido de sus ejes
en el piélagos infinito
de la inmensidad se hundiere,

¡Con el chiste en sus columnas
y la modestia en su frente,
en la *culta Barcelona*
saldrá BARCELONA ALEGRE!

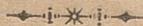
JOSÉ M.^a CODOLosa.

Museo de curiosidades

Hace días que estuve invitado
por mi amigo Gonzalez Ginés
para ver lo que ha coleccionado,
en un gran museo, un jóven inglés.
Voy á dar una idea muy breve
de las cosas que yo allí admiré:
Hay objetos del siglo... ocho ó nueve
y otros más antiguos que detallaré.
Unas ligas de Juana la Loca,
los zapatos que usó San Crispín,
y unos lentes de cristal de roca
que usaba Quevedo cuando chiquitín
El morrión que Sagasta tenía
y la espada del Cid campeador.
(*Nota bene*: el morrión parecía
que había cambiado de forma y color.)
El sombrero que usó el gran Viriato,
calcetines y un gorro de Job,
y una cosa tenida por plato
en donde comía lentejas Jacob.
Una pluma de santa Teresa,
(es decir con la que ésta escribió)
una silla, un quinqué, y una mesa
que Pepe Espronceda dicen que la usó.
El turbante de Boaddil el chico,
una pipa del gran Napoleón,
una muela y un diente de un mico
con el que jugaba Carlitos Borbón.
Y otras cosas que las he olvidado
porque tienen escaso interés.
Esto es todo lo que yo he admirado
en el gran museo que tiene ese inglés.

JOSÉ BRAVO.

¿VÍRGENES?



Anécdota

EN un jardín de aclimatación y bajo los cristales de recatado invernadero, que á los cambios bruscos de la temperatura la resguardaran y á los asaltos de los visitantes la librasen, ocultaba codiciosa, cierta aristocrática dama parisién, una hermosa sensitiva.

Quizás llevada de intención aviesa ó quizás anhelante de bromear y reír á costa de la sencillez congénita al pudor, es lo cierto que como se aproximase un grupo de hermosas jóvenes al preciadísimo vegetal, para contenerlo, nuestra buena señora, tendió hacia ellas los brazos diciéndoles:

—Deteneos.

—Pues ¿qué ocurre? Preguntaron éstas con extrañeza.

—Os lo diré. ¿Conocéis la planta que á vuestros ojos se alza?

—Si yo no me equivoco, es una sensitiva, ó en términos científicos una mimosa púdica. Replícó la más joven de todas.

—En tal caso conoceréis también sus maravillosos prestigios.

—No, no. Gritaron varias.

—Pues atended. La sensitiva es como la piedra de toque donde se prueba la virginidad de la mujer. En su pudor excesivo, la sensitiva contrae sus hojas así que la mano de cualquiera hembra marital la toca, y se hiergue ufana, y se espereza de alegría así que la toca cualquiera pura é inmaculada vírgen.

—¿De veras? Dijeron en coro las doncellas.

—Contemplad un momento si es que lo dudais.

Y la marquesa tendiendo la mano, posó sus dedos en el sensible vegetal. Este al punto se contrajo con gran sorpresa de las recatadas y pudorosas núbiles.

—Pues bien, —añadió con acento picaresco la dueña de tan prestigiosa planta,— tocadla, tocadla ahora vosotras y veréis como ni se encoge, ni se contrae, ni se arruga.

A tal intimación, las doncellas de nuestro cuento se desbandaron por el jardín y á todo correr huyeron del sitio en donde se arraigaba y crecía la indiscreta planta.

—¿Por qué habrán rehusado tocar las hojas de la púdica sensitiva estas inocentes muchachas?

He aquí la pregunta que á sus solas se dirigió mil veces la marquesa, sin conseguir una respuesta satisfactoria.

GINÉS ALBEROLA.



Por falta de tiempo no nos ha sido posible inaugurar con el presente número una *cabecera* encargada á uno de nuestros dibujantes.

Lo haremos próximamente.

Y ya ven ustedes si introducimos mejoras, eh?

Hemos de pedir á ustedes que nos dispensen.

Agotada la edición primera de *El Padre Juan*, y extraviado (?) sin duda el ejemplar que debió enviarnos su autora D.^a Rosario de Acuña, no podemos publicar el fragmento anunciado de dicha obra.

Sin embargo, el editor don E. Hidalgo nos manifiesta que á mediados de esta semana estará impresa la segunda edición, y con tal motivo, creemos poder insertarle en el número próximo, cumpliendo así con la señora de Acuña y con nuestros lectores.

Y no nos llamen ustedes lo que á Isasa.

¿Estamos?

Fabié, Isasa y Beranger peligran.

Lo siento. ¡Viene tan de perilla el que estén en el poder esos respetables pepinillos!

Hasta ahora nos hemos divertido un poco con ellos.

¿Qué será de nosotros si se plantea la crisis?

¡Ingrato mónstruo!

A don Santos Isasa le han puesto *mote*.

Le llaman *Planchifredo*.

Está bien. Pero ¿y al de Tetuán?

A ese le llamaremos el *Babuchas*.

Y á Cánovas *Versifredo*.

El Sr. Fabra, en la reunión de las Cámaras de comercio dijo ser partidario de las soluciones concretas.

¿Con *cretas*? Habrá querido decir *croquetas*.

Porque es mucho *concretar* para don Camilo.

El no pasa del *tratado* de urbanidad.

Su célebre *código*.

Ah, y dijo también, que lo que en realidad necesita el gobierno es 400 millones, fáciles de encontrar sin acudir al extranjero, *porque aquí hay dinero*.

¡Hombre, pues no lo parece!

Cada cual habla de la feria según le va en ella.

«Si doy una voltereta

no me cae una peseta.»

Y les pasará lo mismo á muchos, Sr. Fabra.

En cambio el Sr. La Paliza hizo constar que en Huelva, cuya Cámara de comercio representa, no hacen falta billetes; lo que hace falta es oro.

¿Lo ve V., señor Fabra?

¿Cuando yo decía!...

Redacción y Administración

de

BARCELONA ALEGRE

San Ramón, 5. - BARCELONA



UN RENTISTA

Pues no hablan de poner un impuesto sobre la renta!
¡Verdugos! Como se conoce que los que tal reclaman son unos *perdis*.

ROMPE GABEZAS

CHARADA

La primera conjunción, tercia y segunda en el tren, y el todo un santo varón.

M. ANOYAB.

ENIGMA

Camilo Daniel
Gabino

Marcos Benito Manuel

Colocar estos nombres de manera que leídos de arriba á abajo, den otro nombre de varón.

JUAN ESPEL.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 2 3 4 5 6 7 8 9 0—Animal nocturno.
- 0 8 3 3 5 9 0 7 8—Apellido.
- 1 6 3 4 2 3 5 0—Mineral.
- 1 2 3 2 7 7 8—Diestro catalán.
- 1 5 9 2 6 7—Nombre masculino
- 1 8 3 5 8—Nombre femenino.
- 9 0 7 8—Parte del cuello.
- 4 0 7—Planta alimenticia.
- 1 5—Nota musical.
- 0—Vocal,

José NICOLAU.

PROBLEMA

Una chiquilla daba de comer á unos patos á la puerta de una casa de campo.

Detúvose á contemplarla el caminante y le preguntó cuantos patos tenía.

—Mirad, respondió ella: Si tuviera otra cantidad igual á los que tengo, más una mitad, luego una cuarta parte y la clueca, tendría ciento.

Adivine cuantos tengo.

CALIENTA CASCOS

Anselmo Tacodado

Linares.

Formar con estas letras el título de una zarzuela.

UN SASTRE.

FUGA DE VOCALES

- y.r n.ch. h.z. f.r.r
- .l dr.m. d. d.n C.n.t.
- Y ll.m.r.n .l .t.r.f
- L ll.m.r.n s. s.ñ.r
- P.r. l. ll.m.r.n br.t.

R. BRUNA.

SOLUCIONES

A LO INSERTADO EN EL NÚMERO ANTERIOR

Charada.—*Se-da*.

Diagonal.—M A R T I N
C A M I L O
A N T E R O
F A B I A N
J U L I A N
A N D R E S

Problema.— $144 + 2 + 2 = 148$
 $152 - 2 - 2 = 148$
 $37 \times 2 \times 2 = 148$
 $592 : 2 : 2 = 148$

925

Calienta-cascos.—*En el seno de la muerte.*
Logogrifo numérico.—*Lapicero.*

BARCELONA ALEGRE

PERIÓDICO FESTIVO, ILUSTRADO Y LITERARIO

Precios de suscripción

- España y Portugal, trimestre. . . 1 pta.
- Cuba y Puerto Rico, id. . . 2 »
- Extranjero, id. . . 250 »

NOTA.—Toda reclamación podrá dirigirse á la Administración y Redacción del periódico, calle de San Ramón, n.º 5. LITOGRAFÍA DE RIBERA Y ESTANY.

Lit. Barcelonesa. S. Ramón. 5.—Barña.